

Globalización liberal y pobreza campesina: ¿qué escoger?

Liberal globalization and rural poverty:
What to choose?

Marcel Mazoyer*

Institut National d' Agriculture, Francia
Traducido por: Dora Isabel Díaz Susa

Resumen

Más allá de su diversidad, los movimientos campesinos de los cinco continentes tienen hoy en común el hecho de denunciar las consecuencias devastadoras de la liberalización del sector agrícola. El crecimiento de las graves insuficiencias alimentarias para una gran parte de la humanidad y el incremento de las inequidades de equipamiento y de productividad entre las diferentes agriculturas del mundo hacen un llamado a organizar de otra forma los intercambios agrícolas internacionales que permitan a todo el campesinado vivir dignamente de su trabajo, detener el éxodo rural, reducir el desempleo y subir los bajos salarios. La revolución agrícola contemporánea y la revolución verde aumentaron las diferencias y condujeron a una baja en los precios agrícolas reales que han bloqueado el desarrollo, han empobrecido y aumentado el hambre. Alternativas posibles: establecer mercados agrícolas comunes de carácter regional, proteger estos mercados, negociar precios justos, implementar verdaderas reformas agrarias, reforzar políticas favorables al campesinado, etc.

Palabras clave: políticas agrícolas, campesinado, seguridad alimentaria, liberalización mundial.

Abstract

Beyond their differences, the rural movements of the five continents have in common the fact that they denounce the devastating consequences of the liberalization of the agricultural sector. The increase of the malnutrition in a large part of humankind, and the raise of inequity in production between the different agricultures in the world, call for another way to organize the agricultural international market which allows all the peasants to live from their work with dignity, stop rural exodus, decrease unemployment and increase low salaries. The contemporary agricultural revolution and the green revolution increased the differences and caused a fall in the price of real rural products that has stopped development, and therefore caused more poverty and hunger. Possible ways out: to establish common rural markets between regions, to protect those markets, to bargain fair prices, to introduce real agricultural reforms, to reinforce favorable policies for peasants, etc.

Keywords: agricultural policies, countrymen, alimentary insurance, global liberalization.

Recibido: febrero de 2008. Aprobado: marzo de 2008.

* Profesor de agricultura comparativa y desarrollo agrícola.

Millones de sindicalistas agrícolas y otros actores de movimientos campesinos del Sur y del Norte se encontraron en el Foro Social Mundial de Porto Alegre, en los años 2001 y 2002. Sus debates dieron testimonio, ante todo, de la diversidad de las situaciones agrarias en el mundo y de la multiplicidad de los movimientos campesinos, sus objetivos y sus formas de acción. Pero también compartieron las denuncias sobre las consecuencias devastadoras de la liberalización del sector agrícola y un llamado al campesinado de todos los países y a otras víctimas de esta liberalización a unirse para poner fin a dicha situación lo más rápido posible.

Entre los últimos grandes aspectos de la globalización liberal emprendida por el GATT¹ desde 1947, la liberalización del sector agrícola que el FMI y el Banco Mundial intentan imponer a los países del Sur sobreendeudados después de los años ochenta —y que la OMC intenta extender a la mayor parte de países después de 1994— no consiste solamente en empujar a estos Estados a privatizar las empresas públicas o mutuales de producción agrícola, de aprovisionamiento de la agricultura, de transformación y de comercialización de productos agrícolas con los que ellos estaban eventualmente comprometidos. Comprende también el presionarlos para reducir las intervenciones públicas que sean favorables al desarrollo de la agricultura campesina: políticas de reforma agraria o de tenencia de la tierra; políticas de estabilización de los precios de productos agrícolas, de crédito y de apoyo a las inversiones y la compra de insumos agrícolas; políticas de investigación agrícola nacional y proyectos de desarrollo local.

Es decir, busca inducir a estos Estados a importar cada vez más productos agrícolas y alimenticios básicos (cereales, soya, productos animales, etc.), reduciendo sus restricciones tarifarias (derechos de aduana) y no tarifarias (prohibiciones, límites a la importación o a la distribución). Lo cual conduce a disminuir progresivamente los precios que se pagan a los campesinos de estos países por esta clase de productos respecto a su precio internacional, para obligarlos a producir y exportar otros productos agrícolas a precios más bajos. Así mismo, las políticas de liberalización del sector agrícola tienden hacia una especie de “globalización liberal del sector agrícola” buscando reducir los precios de las materias primas agrícolas destinadas a la industria y a la distribución.

Ahora bien, los precios agrícolas internacionales reales —en dólares constantes— han sido ya divididos por tres, cuatro, cinco o más a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, como resultado de las enormes ganancias en la productividad, logradas por una minoría de agricultores del Norte y del Sur. Y éstos siguen yendo a la baja por el hecho de que las grandes propiedades agroexportadoras, poscoloniales de América Latina, de África del Sur, de Asia Sudeste, hoy, bien equipadas y muy productivas, disponen de millones de hectáreas poco costosas y de mano de obra campesina sin tierra, de la más barata en el mundo, lo

1. General Agreement on Tariffs and Trade (N. del Ed.)

que les ha permitido bajar a menos de 10 centavos de dólar el precio de costo del trigo exportable y a menos de un dólar el kilo de carne bovina. Y éstos son empujados hacia la baja porque, además, las explotaciones individuales o familiares mejor equipadas y más productivas de los Estados Unidos, de la Unión Europea y de otros países desarrollados, generalmente emplean pocos asalariados o ninguno, reciben múltiples subvenciones públicas, que representan hoy en día una parte muy importante del ingreso del trabajo agrícola de estas explotaciones, y a veces más de éste.

En estas condiciones, los precios agrícolas internacionales se establecen en niveles muy inferiores a los precios de costo de la mayor parte del campesinado del mundo; muy inferiores a los que les permitirían vivir dignamente de su trabajo, invertir y desarrollarse. Inclusive inferiores a pagos que permitirían a los más desfavorecidos de estos comer el justo mínimo para calmar su hambre. Haciendo bajar los precios agrícolas en la mayor parte de los países, la “globalización liberal del sector agrícola” amenaza con el empobrecimiento de la mayoría del campesinado del mundo (cerca de tres millares de personas quienes obtienen ingresos inferiores a los de la ciudad); amenaza, además, con condenar en menos de diez años a un millar de ellos a un éxodo acelerado hacia las periferias urbanas infradotadas o subindustrializadas. En consecuencia, aumentan el desempleo existente y la presión que esta migración y este desempleo ejercen sobre los salarios, de por sí insuficientes, de la mano de obra llamada no calificada.

¿Es posible otra organización de intercambios agrícolas internacionales?, ¿una organización equitativa y solidaria que permita a todos los campesinos del mundo vivir dignamente de su trabajo, frenar el éxodo y reducir el desempleo, además de elevar los bajos salarios? ¿Es posible defenderla por medio de una amplia alianza de campesinos del Sur y del Norte y de otras capas sociales víctimas de la miseria debida a la globalización? ¿Será posible negociarla con los poderes políticos y económicos dominantes del mundo?

Para contribuir al debate que está comprometido hoy con este crucial tema, vamos a tratar los siguientes aspectos:

¿Cuál es la profundidad de las graves insuficiencias alimentarias que sufre una parte de la humanidad y cuál es la extensión de las inequidades en el equipamiento y en la productividad entre las diferentes agriculturas del mundo?

¿Por medio de qué proceso de desarrollo de acumulación inequitativa pudieron aumentar la revolución agrícola contemporánea y la revolución verde esas inequidades?

¿Cómo bloquea el desarrollo la baja de los precios agrícolas reales —resultado de estas dos revoluciones agrícolas— aumenta el empobrecimiento y el hambre y empuja cada año al éxodo a decenas de millones de campesinos? ¿Cuáles son las consecuencias económicas generales de este proceso?

¿Qué futuro de incremento de la pobreza y el hambre nos espera con la guerra de precios agrícolas en el próximo medio siglo? ¿Cuál es la alternativa que podemos pensar para poner fin a esta insopportable deriva?

Una situación alimentaria inaceptable

En el curso de la segunda mitad del siglo xx, la producción agrícola y alimentaria mundial ha crecido más del doble: mientras en 1950 en el mundo había cerca de 2,5 millares de seres humanos, quienes disponían en promedio de 2.400 kilocalorías por día, en el año 2000 aproximadamente 6 millares disponían en promedio de 2.700 kilocalorías. Este enorme salto hacia adelante se debió esencialmente a la generalización —en todos los países desarrollados y en menor proporción en países en desarrollo— de la revolución agrícola contemporánea (gran motorización-mecanización, selección de semillas, uso de químicos y especialización), y a la extensión, en muchos de los países en desarrollo, de la revolución verde (selección de algunos cereales y otras plantas domésticas adaptadas a las regiones cálidas, uso de químicos y manejo de los riegos).

Lo anterior se debió también a la extensión de tierras arables y de cultivos permanentes que pasaron de aproximadamente 1.330 millones de hectáreas en 1950, a más de 1.500 millones hoy en día, y a la de las superficies irrigadas que pasaron, en el mismo tiempo, de aproximadamente 80 millones de hectáreas a cerca de 270 millones. Finalmente, todo lo anterior se debió a un impresionante desarrollo, en las regiones más densamente pobladas del mundo, de formas complejas de agricultura campesina que combinan cultivos, arborizaciones, cría de ganado y a veces piscicultura, produciendo una biomasa útil muy elevada.

Sin embargo, la importancia de este crecimiento agrícola no puede permitirnos olvidar los límites y los reveses. En el inicio del siglo xxi, en efecto, de los seis millares de seres humanos que tiene el planeta, aproximadamente dos millares de ellos sufren de graves carencias de micronutrientes (hierro, yodo, calcio, vitamina A, vitamina C, otros minerales o vitaminas). De aproximadamente 826 millones de personas que se encuentran en estado de desnutrición, 800 millones viven en los países en desarrollo, lo que significa que ellos no disponen de una ración alimentaria suficiente en macronutrientes (glúcidos, lípidos y proteínas) para cubrir en forma permanente sus necesidades calóricas básicas; en otras palabras, pasan hambre casi todos los días.

En cuanto a las hambrunas —máxima expresión de la pobreza y del hambre—, éstas matan cada año millares de personas en el mundo. En efecto, si bien parece que las hambrunas estallaran aquí y allá, debido a una baja en la producción de alimentos o por problemas en el abastecimiento provocados por fuertes sequías, inundaciones, enfermedades de las plantas, de los animales o de los humanos, o por la guerra, se observa finalmente, que estos accidentes climáticos, biológicos o políticos conducen a las hambrunas a aquellas poblaciones pobres que no tienen los medios para luchar contra estos flagelos y que por su carencias

alimentarias no pueden sobrevivir a las demás privaciones que surgen de estos fenómenos.

Lo anterior quiere decir que esta situación dramática, que no es nueva en absoluto, no ha mejorado. A pesar de que los jefes de Estado y de gobierno reunidos en Roma, en noviembre de 1996, en la Primera Cumbre Mundial de Alimentación se comprometieron “a desplegar un esfuerzo constante a fin de erradicar el hambre en todos los países y de inmediato reducir a la mitad el número de personas subalimentadas, a partir de ese momento hasta el 2015 a más tardar”, fue necesario reconocer en la Segunda Cumbre Mundial, en junio de 2002, que serían necesarias varias décadas más para lograr este objetivo, y que a ese ritmo se necesitaría más de un siglo para que todos los seres humanos pudieran comer para satisfacer sus necesidades. Aunque se reforzaran los medios convencionales de lucha contra el hambre, se ha comprobado una vez más que son incapaces de lograr los objetivos en un período suficientemente corto para que sea moralmente aceptable, socialmente soportable y políticamente sostenible.

Para reducir la pobreza extrema, que se expresa en el hambre y a veces llega a la hambruna y a la muerte, no es suficiente entonces actuar sobre los síntomas más escandalosos de estos males; hay que atacar sus causas profundas, y por ello es necesario recurrir a otros análisis y a otros medios.

Para iniciar, es necesario tener en cuenta el hecho más importante: cerca de tres cuartas partes de la población subalimentada en el mundo es rural. Dentro de esta población rural pobre la mayoría son campesinos, particularmente mal equipados, mal ubicados, y con precario acceso a la tierra, así como obreros agrícolas, artesanos y comerciantes igualmente pobres, relacionados con este campesinado. En cuanto a otras personas sub-alimentadas, muchas de ellas son población rural recientemente empujada por la miseria hacia los campos de refugio o hacia las periferias urbanas sub-equipadas o sub-industrializadas; lugares donde no han podido encontrar medios suficientes de subsistencia. Y como el número de pobres y de gente pasando hambre en los campos no disminuye, aún descontando más de cincuenta millones de personas que cada año salen por el éxodo rural, debemos deducir, de un lado, que un número más o menos igual de nuevos pobres y hambrientos se forma cada año en estos mismos campos.

No deberíamos sorprendernos porque se sabe que en la mayoría de los países el ingreso medio de los campesinos no sólo es muy inferior al ingreso de los urbanos, sino que también es inferior al salario de los trabajadores no calificados, y cuando se sabe, además, que el ingreso de los campesinos más pobres condenados al éxodo desciende al límite de la sobrevivencia cercana a la de los desempleados urbanos. La mayoría de las personas que sufren hambre en el mundo no son los consumidores urbanos compradores de comida, sino los campesinos productores y vendedores de productos agrícolas. Y su elevado número no es simplemente

una herencia del pasado, sino el resultado de un proceso, muy actual, de empobrecimiento extremo de centenares de millones de campesinos desprotegidos.

Las enormes inequidades de equipamiento y de productividad agrícola

La agricultura mundial emplea una población activa del orden de 1 billón 300 millones de personas, lo que corresponde a una población agrícola total (incluidas las familias) de más de 2,7 billones de personas, es decir, cerca de la mitad de la población del planeta.

Ahora bien, según la FAO, sólo existen en total 28 millones de tractores en el mundo: ¡un número inferior al 2% de número de activos agrícolas! Es decir, la gran motorización y mecanización sólo benefician a una ínfima minoría de agricultores del mundo. Dentro de los mejor equipados, un sólo trabajador agrícola puede cultivar más de 200 hectáreas en grandes cultivos. Y como estos agricultores utilizan en general variedades de plantas y de razas de animales seleccionados, fertilizantes químicos, alimentos concentrados para el ganado y productos para el tratamiento de las plantas y de los animales, ellos pueden obtener rendimientos muy elevados, próximos a las 10 toneladas de granos por hectárea en cultivos de cereales, por ejemplo. En consecuencia, para estos agricultores beneficiarios de la revolución agrícola contemporánea, la productividad bruta del trabajo agrícola —que se puede medir por la producción en toneladas de cereales o el equivalente en cereales para trabajadores agrícolas y por año— puede llegar a 2.000 toneladas por trabajador y por año (200 hectáreas/trabajador x 10 toneladas/ha = 2.000 toneladas).

Además, aproximadamente dos tercios de los agricultores del mundo que fueron impactados por la revolución verde utilizan también variedades de razas seleccionadas, fertilizantes químicos y productos para tratamientos; ellos pueden, entonces, obtener rendimientos aproximados a una decena de toneladas de cereales por hectárea. Poco menos de la mitad de ellos dispone de medios de tracción animal, lo que le permite cultivar hasta 5 hectáreas por trabajador y acercarse a una productividad bruta de 50 toneladas por trabajador (5 ha/trabajador x 10 ton/ha en cultivos con agua lluvia, o 2,5 ha/trabajador x 10 ton/ha x 2 cosechas por año en cultivo irrigado). Pero más de la mitad de estos agricultores sólo disponen de herramientas estrictamente manuales que no les permiten cultivar más de una hectárea por trabajador; por ello, la productividad bruta no pasa de 10 toneladas de grano por trabajador (1 ha/trabajador x 10 ton/ha de cultivo con agua lluvia, o 0,5 ha/trabajador x 10 ton/ha x 2 cosechas por año en cultivo irrigado).

Finalmente, queda más o menos un tercio de agricultores en el mundo que no se han beneficiado ni de la revolución agrícola contemporánea, ni de la revolución verde, ni de los medios de tracción animal: ellos sólo disponen de un equipo estrictamente manual y cultivan variedades o crían razas de animales que no han sido objeto de ninguna selección

sistemática, sin fertilizantes minerales, ni productos de tratamiento. Esta agricultura campesina pobre, huérfana de cualquier investigación y de cualquier proyecto de inversión importante, cuenta con 400 ó 500 millones de activos agrícolas, que si se cuentan las familias corresponderían a un billón de personas que viven mal o que viven muy mal de la agricultura. Ellos no pueden pasar en su productividad bruta de una tonelada de grano por trabajador en un año (1 ha/trabajador x 1 ton/ha en cultivo con agua lluvia, o, 0,5 ha/trabajador x 2 ton/ha en cultivo irrigado).

Además hay que añadir que en numerosos países ex-coloniales o ex-comunistas que no tuvieron recientemente una reforma agraria significativa, la mayoría de los campesinos están subequipados y son, además, privados del acceso a la tierra por las grandes propiedades de varios millares o decenas de millares de hectáreas. En consecuencia, este campesinado sólo dispone de áreas muy inferiores a aquéllas que serían necesarias para cubrir las necesidades de autoconsumo alimentario de sus familias. Este campesinado mal equipado, mal dotado en tierra, es por tanto obligado a buscar trabajo día a día, en las grandes propiedades, por salarios entre 12,5 centavos de dólar (americano) a 2 dólares por día, según los países.

Así pues, la situación mundial de la agricultura se caracteriza por violentos contrastes:

- Por una parte, millones de agricultores beneficiados por la revolución agrícola contemporánea en los países desarrollados y en algunos sectores limitados de los países en desarrollo pueden producir en cultivos de cereales cerca de 2.000 toneladas equivalentes-cereales² por trabajador y por año, con un equipo de tractores pesados y de grandes máquinas que pueden costar hasta 300.000 dólares por trabajador.
- Por otra parte, centenas de millones de productores beneficiados por la revolución verde pueden producir hasta cincuenta toneladas por trabajador en las regiones favorables de los países en desarrollo, con un equipo de tracción animal con un costo menor de 10.000 dólares por trabajador, y hasta diez toneladas con herramientas manuales, que cuesta menos de 100 dólares por trabajador.
- Finalmente, varios cientos de millones de campesinos pobres disponen solamente de herramientas manuales mínimas básicas; carecen de semillas seleccionadas, de abonos, y además están privados de la tierra: producen menos de una tonelada de equivalentes-cereales por trabajador por año.

2. El equivalente-cereal es la cantidad de cereales que tiene el mismo valor calórico que la producción agrícola considerada.

¿Cómo pudieron la revolución agrícola contemporánea y la revolución verde conducir a estas inequidades agrícolas e insuficiencias alimentarias tan alarmantes, y cómo estas inequidades y estos sufrimientos se perpetúan? Éstas son las preguntas que ahora vamos a intentar responder.

El triunfo de la revolución agrícola contemporánea en los países desarrollados

Inequidades agrícolas iniciales, reales pero limitadas

A mediados del siglo xix, la mayoría del campesinado del mundo utilizaba exclusivamente herramientas manuales (azadón, hacha, machete), y su productividad de trabajo no pasaba de una tonelada de equivalentes-cereales por activo. En Europa, sin embargo, los sistemas de cultivo con yunta animal sobre tierras sin labrar, desarrollados y perfeccionados después de la Edad Media, estaban ampliamente extendidos. Las respectivas herramientas, que comprendían arados, carretas, etc., ya permitían cultivar cinco hectáreas por activo; esto, con un rendimiento de una tonelada por hectárea, conducía a una productividad bruta de trabajo del orden de cinco toneladas por activo. Este récord no se aproximaba sino al de los sistemas hidráulicos arroceros de cultivos con yuntas animales con dos cosechas por año en ciertos deltas en Asia. Luego, en esa época, todos los agricultores del mundo se situaban en un nivel de productividad de uno a cinco.

La explosión de las inequidades agrícolas del siglo xx

A finales del siglo xix, sin embargo, la industria empieza a producir nuevas herramientas mecánicas de tracción animal (arados con yunta metálica de doble reja, cultivadores con dientes para cavar, sembradoras, removedoras de tierra, aporcadoras o podadoras, segadoras, henificadoras, rastrillos, segadoras, agavilladoras, molinos, desgranadoras a vapor) que fueron adoptadas por las fincas bien dotadas en colonias agrícolas de origen europeo, en regiones atemperadas de América del Norte, en el Cono Sur, en América Latina, en África del Sur, en Australia y Nueva Zelanda y también, aunque lentamente, en Europa. Las explotaciones mejor equipadas lograron llegar a cultivar superficies de diez hectáreas por activo. Pero, dado que el uso de abonos minerales era todavía muy limitado, los rendimientos se acercaban alrededor de un tope de una tonelada por hectárea, de suerte que la productividad bruta del trabajador agrícola no pasaba de diez toneladas de equivalentes-cereales por activo.

El desarrollo inequitativo de explotaciones mejor dotadas

En el siglo xx —especialmente en la segunda mitad—, la revolución agrícola contemporánea triunfó en los países desarrollados. En unos cuantos decenios, un número muy reducido de agricultores recorrió gran parte del camino, a tal punto que hoy en día grandes cultivos de cereales, por ejemplo las explotaciones más motorizadas y mecanizadas (tractores

de más de ciento veinte caballos con cuatro ruedas motrices, barras de cortar de seis metros y más), pueden lograr, lo hemos visto, una productividad bruta de 2.000 toneladas por trabajador al año (200 ha/trabajador x 10 ton/ha). Por supuesto que un salto como este no se produjo de un sólo golpe, sino por etapas, y tampoco se dio en todas las explotaciones agrícolas, sino solamente para una minoría de éstas, las cuales cada vez son menos, al punto en que el 90% de las explotaciones existentes al inicio del siglo dejaron de existir, unas tras otras.

En efecto, en cada etapa de la revolución agrícola contemporánea, sólo las explotaciones situadas en las regiones favorables, suficientemente equipadas y proyectadas para lograr una productividad que permitiera extraer un ingreso superior a las necesidades de la familia, pudieron adquirir nuevos equipos y crecer. Y cada vez más éstas lograron progresos continuos en la medida en que sus capitales de inversión eran más elevados; de tal modo que las explotaciones avanzadas en el inicio se encontraban todavía más desarrolladas después.

De otro lado, las explotaciones menos equipadas, con menores ventajas en extensión, con frecuencia peor situadas, para quien el ingreso familiar era inferior al salario mínimo vigente de ese momento, no podía invertir, ni crecer, ni tampoco renovar plenamente sus medios de producción. De hecho, estas plantaciones que tendían a descapitalizarse y a hacer procesos regresivos ya no eran consideradas rentables antes de suspender la explotación: La baja de los precios agrícolas reales, el empobrecimiento y la exclusión del campesinado más desfavorecido. Este mecanismo de desarrollo de acumulación inequitativa de unos, de bloqueo del desarrollo, de crisis y exclusión de otros, se explica fundamentalmente por la tendencia a la baja de los precios agrícolas reales, de una parte, y por el aumento del salario mínimo real, de otra parte.

En efecto, en el curso de la segunda mitad del siglo XX, las ganancias de la producción —resultado de la revolución verde— fueron tan importantes que sobrepasaron ampliamente a aquellas de otros sectores de la economía (industria y servicios). En consecuencia, los precios corrientes de productos agrícolas aumentaron con menor rapidez que los de los otros productos, y los precios agrícolas reales, aparte de la inflación, bajaron fuertemente. Por ejemplo, en menos de cincuenta años el precio real del trigo en Estados Unidos fue dividido por más de cuatro. Esta baja del precio agrícola real arrastró una baja, más que proporcional, del ingreso de las pequeñas explotaciones que no tuvieron los medios de inversión, y también una baja de los ingresos de las explotaciones medianas cuyo progreso no fue suficiente para compensar estos efectos.

Ahora bien, de otro lado, el salario mínimo real en la industria y los servicios, así como el ingreso agrícola socialmente aceptable, han sido progresivamente ajustados al aumento. En estas condiciones, numerosas plantaciones se encontraron de un día para otro en la situación de sacar un ingreso familiar inferior al nivel mínimo socialmente aceptable; éstas, entonces, entraron en crisis y dejaron de existir.

La expansión limitada de la revolución agrícola y la revolución verde en los países en desarrollo

La frágil penetración de la revolución agrícola contemporánea

En los países en desarrollo, la inmensa mayoría de los campesinos no tuvieron los medios de acceder a la muy costosa motorización y mecanización. En algunas regiones, sin embargo (América Latina, Oriente Medio, África del Sur), algunos grandes empresarios agrícolas que disponían de millones de hectáreas y utilizaron obreros agrícolas y jornaleros con pagos muy bajos, aprovecharon la inflación y los precios agrícolas internacionales relativamente elevados de los años setenta, así como los créditos ventajosos, para equiparse. Hoy, las más productivas de estas grandes explotaciones tienen una productividad tan elevada como la de las explotaciones norteamericanas y europeas mejor equipadas, pero con un costo de mano de obra mucho más bajo.

La revolución verde y sus limitaciones

A partir de 1960, la revolución verde —una variante de la revolución agrícola contemporánea desprovista de una gran motorización mecanizada— se desarrolló mucho más todos los días en los países en desarrollo. Basada en la selección de variedades, con fuerte rendimiento potencial de arroz, maíz, trigo, soya y algunos grandes cultivos de exportación, basados también en una amplia utilización de fertilizantes químicos y de productos de tratamiento, y llegado el caso un buen manejo de aguas, la revolución verde fue adoptada por los agricultores con capacidad de adquirir esos nuevos medios de producción en las regiones más aventajadas, donde fue posible hacerlas rentables. Además, el poder público favoreció enormemente la difusión de estos nuevos medios en numerosos países, desarrollando políticas de apoyo a los precios agrícolas y subvenciones a los intransferibles, bonificaciones de interés en los préstamos, e inversiones en las infraestructuras de irrigación, drenaje y transporte.

Las agriculturas huérfanas

Dado lo anterior, numerosos campesinos de países en desarrollo jamás tuvieron acceso a los medios de producción de una u otra de estas revoluciones agrícolas. Así mismo, la motorización-mecanización estuvo prácticamente ausente; las semillas seleccionadas, los fertilizantes, los productos de tratamiento fueron muy poco utilizados, o no utilizados, en bastas zonas de cultivos fluviales, o pobemente irrigados, de bosques, de sabanas, de estepas, de jardines y huertos intertropicales del África y de América Latina. Igualmente, en regiones ampliamente penetradas por una u otra de estas revoluciones, numerosos campesinos no pudieron adquirir jamás los mínimos medios de producción y progresar en rendimiento y productividad. También ellos, entonces, sufrieron el empobrecimiento por la baja de los precios agrícolas reales y en ocasiones, además,

sufrieron inconvenientes colaterales, resultado de estas dos revoluciones (diversas contaminaciones, bajas de los niveles de las aguas subterráneas, salinización de suelos irrigados y mal drenados).

En consecuencia, centenas de millones de campesinos continúan hoy trabajando con herramientas estrictamente manuales, sin fertilizantes ni productos de tratamiento, y con una variedad de plantas que no han sido objeto de investigación ni de selección sistemática (sorgo, maíz, papas, otros tubérculos comestibles, ñame, plantaciones de banano, yuca).

La generalizada baja de los precios agrícolas reales

Los aumentos de la producción y de la productividad, resultado de la revolución agrícola contemporánea y la revolución verde, no solamente provocaron una fuerte baja de los precios agrícolas reales en los países implicados, sino que también permitieron a algunos de estos países lograr excedentes exportables a un precio muy bajo. Ahora bien, los intercambios internacionales de los productos agrícolas básicos no implican sino a una pequeña porción de la producción y del consumo mundial (por ejemplo, aproximadamente 12% para los cereales). Los mercados correspondientes son, entonces, mercados residuales, que constituyen excedentes difíciles de vender excepto a precios muy bajos. A estos precios los mismos productores beneficiarios de la revolución agrícola y de la revolución verde, no pueden ganar por parte del mercado; solamente se mantienen aquellos que disponen de ventajas competitivas supplementarias.

Tal es el caso de ciertos latifundistas agro-exportadores sudamericanos, surafricanos, zimbabuenses, y ahora ucranianos, rusos, que no sólo están bien equipados sino que disponen de vastas extensiones de tierra poco costosas y una mano de obra de la más barata del mundo. Hoy, en este tipo de latifundio modernizado, un obrero agrícola gana mil dólares por año, puede producir más de diez mil quintales de cereales (1'000.000 kg.) lo que reduce el costo de la mano de obra por kilogramo a menos de un milésimo de dólar (1.000 dólares/activo/año divisas por 1'000.000 kg./activo/año). En consecuencia, el precio del quintal de cereales exportables de estos países es inferior a diez dólares.

A estos precios, numerosos agricultores americanos y europeos tuvieron un ingreso de trabajo nulo o negativo. Ellos no podrían, pues, ganar nada en el mercado, ni resistir estas importaciones, ni mantenerse activos si no pertenecieran a países desarrollados, con ingresos elevados, cuidadosos de su independencia y de sus capacidades, y/o por este hecho ellos se benefician de ayudas públicas muy importantes según la OCDE³; para el año 2000 los apoyos directos e indirectos a la agricultura fueron “equivalentes a una subvención” de 20.000 dólares por agricultor de tiempo completo en los Estados Unidos; a 14.000 dólares en la Unión Europea; a 29.000 dólares en Suiza y en Noruega, y a 28.000 dólares en Japón.

En fin, en ciertos países en desarrollo —en el sudeste de Asia, especialmente Tailandia, Vietnam, Indonesia—, el aumento de la producción por la revolución verde se combina con los niveles de ingresos y salarios locales muy bajos, tan bajos que estos países se convirtieron en exportadores de arroz a pesar de que la desnutrición se pasea por sus campos.

Pero la baja de los precios agrícolas no afectó solamente los productos básicos de alimentación: también ha afectado los cultivos tropicales de exportación por la competencia, bien sea por los cultivos motorizados y mecanizados de los países desarrollados (remolacha contra la caña de azúcar, soya contra la arracacha y otras oleaginosas tropicales, algodón del sur de los Estados Unidos y de la Unión Europea), o por los productos industriales que los reemplazaron (caucho sintético por el caucho natural, textiles sintéticos contra algodón). Por ejemplo, el precio real del azúcar fue dividido en más de tres en un siglo, mientras que el del caucho fue dividido por diez, aproximadamente.

La crisis masiva de los agricultores campesinos de los países en desarrollo y sus consecuencias

El bloqueo del desarrollo

Cuando fueron enfrentados a la baja de los precios de sus productos, los campesinos subequipados, mal ubicados y poco productivos, primero, vieron bajar su poder de adquisición. Luego, la mayoría de ellos se encontraron ante la incapacidad de invertir en herramientas más productivas y algunas veces, incluso, en la incapacidad de comprar semillas seleccionadas, fertilizantes minerales, productos para tratamiento. Es decir, su desarrollo quedó bloqueado.

La descapitalización y la desnutrición

Inmediatamente después de esta baja de precios, todos los campesinos que no pudieron invertir y obtener ganancias significativas en la productividad quedaron por debajo del umbral de renovación económica de sus explotaciones; es decir, su ingreso monetario se volvió insuficiente para todo: para renovar sus herramientas, para comprar algunos bienes indispensables de consumo que ellos no producen por sí mismos (telas, petróleo para lámparas, etc.) y, en el caso de pérdida del cultivo, para pagar los impuestos.

En estas condiciones, con el objeto de renovar un mínimo de la herramientas necesarias para poder continuar trabajando, estos campesinos debieron hacer sacrificios de toda clase: venta de animales, reducción de las compras de los bienes de consumo, etc. Y debieron ampliar al máximo posible los cultivos destinados para la venta. Pero como la superficie cultivable con un equipamiento tan bajo es, en consecuencia, muy limitada, se vieron obligados a reducir las superficies de los cultivos de la alimentación destinadas al autoconsumo.

Es decir, la sobrevivencia de la explotación campesina, cuyo ingreso cayó por debajo de la posibilidad de renovarse económicamente, no es posible sino al precio de una verdadera descapitalización (venta de ganado vivo, cada vez menos herramientas y sin mantenimiento), de un bajo consumo (campesinos andrajosos y descalzos), de la desnutrición, y muy pronto del éxodo. A menos que se dediquen a cultivos ilegales: coca, amapola, marihuana, etc.

La crisis ecológica y sanitaria

Cada vez peor equipados de herramientas, mal alimentados y mal cuidados, estos campesinos tienen una capacidad cada vez más reducida de trabajo; por tanto, se ven obligados a concentrar sus esfuerzos sobre las tareas inmediatamente productivas y a descuidar los trabajos de sostenimiento del ecosistema cultivable: en los sistemas hidráulicos, los acondicionamientos sin mantenimiento se degradan, los sistemas de cultivo sobre corte y quema. Para reducir las dificultades del desmonte, los campesinos se orientan a desmontes cada vez más jóvenes y cada vez más frecuentes, lo que acelera la tala y la degradación de la fertilidad. En los sistemas de cultivos asociados con ganadería, la reducción del ganado vivo implica una disminución de la transferencia de la fertilidad de los pastos hacia las tierras cultivadas. En forma generalizada, las tierras de cultivo mal desyerbadas se salinizan y las plantas cultivadas con carencias minerales y mal cuidadas son aún más susceptibles a las enfermedades.

La degradación del sistema cultivado, la desnutrición y el debilitamiento de la fuerza de trabajo, conducen igualmente a los campesinos a simplificar sus sistemas de cultivo. Los cultivos “pobres”, menos exigentes en fertilidad mineral, en agua y en trabajo, están ganando terreno sobre los cultivos más exigentes. La diversidad y la calidad de los productos vegetales de auto-consumo disminuyen y, sumadas a la casi desaparición de los productos animales, conducen a carencias alimentarias crecientes en minerales, proteínas y vitaminas.

Así, la crisis de las explotaciones agrícolas se extiende a todos los elementos del sistema agrario: disminución de equipamientos, degradación y descenso de la fertilidad del ecosistema, baja nutrición de las plantas, de los animales, de los seres humanos y degradación general del estado sanitario. La no sostenibilidad económica del sistema productivo implica la no sostenibilidad ecológica del ecosistema cultivable, la desnutrición y la salud deficiente.

El endeudamiento, el éxodo y la hambruna

Empobrecidos, desnutridos y explotando un medio degradado, estos campesinos fragilizados se acercan de manera peligrosa al umbral de la sobrevivencia (umbral por debajo del cual no podrán continuar con su actividad). Una mala cosecha, entonces, es suficiente para obligarlos a endeudarse solamente para comer durante los meses de espera de la cosecha siguiente. Así entonces, el campesino endeudado y a la merced de otra mala cosecha, si esta viene otra vez, está obligado a enviar, si no lo ha hecho ya, a los miembros todavía capaces de su familia a la búsqueda

de empleos afuera, sean temporales o permanentes, lo que debilita aún más su capacidad de producción. Finalmente, si estos ingresos de afuera no son suficientes para asegurar la sobrevivencia de la familia, ésta no tiene otro camino distinto al éxodo. Pero en la mayoría de los países en desarrollo la industria y los servicios ofrecen muy pocas oportunidades de empleo dignas, y la pobreza rural sólo puede desembocar en el desempleo y la pobreza urbana, o en los cordones suburbanos.

Finalmente, mientras un campesinado que dispone de un excedente puede soportar una y varias malas cosechas, un campesinado crónicamente reducido al límite de la sobrevivencia se encuentra a merced de cualquier mínimo accidente que disminuye brutalmente el volumen de sus cosechas o de sus ahorros. Sea este un accidente climático, biológico (enfermedades de plantas, de animales o de seres humanos o invasión de animales depredadores), económico (venta inferior de alimentos en calidad y precio, fluctuaciones a la baja) o político (guerra civil, paso de tropas), el campesinado es condenado a la hambruna en sus propios sitios, o en campos de refugio, si existen en las cercanías.

Ciertamente, este proceso de exclusión no ha tocado la totalidad del campesinado que trabaja en el cultivo manual, pero ha afectado al campesinado más vulnerable, víctimas de la baja de los precios de productos reales.

Las circunstancias agravantes de la crisis

Este proceso ha sido particularmente intenso en las regiones de países en desarrollo que han heredado condiciones particularmente desventajosas en lo natural (aridez, exceso de agua, salinidad, suelos pobres), en condiciones de infraestructura (acondicionamiento de agua insuficiente) y de condiciones de propiedad de la tierra (minifundios resultado de latifundios o del sobre poblamiento agrícola). Ciertos países también han adelantado políticas muy desfavorables para la agricultura y para el campesinado (gastos excesivos en la modernización y urbanización, subvencionamiento de importaciones agrícolas y alimentarias, imposición de exportaciones agrícolas, ausencia de protección contra la fluctuación de precios agrícolas y sobrevaluación de la moneda). Estas circunstancias adversas han agravado el empobrecimiento y el bajo consumo del campesinado. Y aquí se han conjugado numerosas circunstancias desfavorables, se han formado verdaderos “cuadriláteros” del hambre: tal fue el caso del noreste brasileño, donde se combinaron la aridez del clima, el latifundio y el minifundio, y el predominio de un solo cultivo, la caña de azúcar, que ha sufrido varias vicisitudes; también es el caso de Bangladesh, que acumuló inconvenientes de una infraestructura hidráulica insuficiente y de minifundios, resultado a la vez de una desigual repartición de tierras y de un sobre poblamiento. Ese también es el caso de muchos países del África sahariana, central y oriental.

Hay que añadir que, en los países donde la inestabilidad de los precios agrícolas no se ha reducido con políticas apropiadas, esta inestabilidad agrava considerablemente los efectos nefastos de la baja tendencial

a largo plazo de los precios agrícolas reales: en período de bajos precios, la crisis, la desnutrición y el éxodo del campesinado pobre se acentúa; en período de altos precios los países importadores pobres y los compradores consumidores pobres no tienen los medios para aprovisionarse, mientras que al mismo tiempo la ayuda alimentaria escasea.

Las consecuencias económicas globales de la crisis del campesinado pobre

Pero la crisis del campesinado pobre, mal dotado de tierra de los países en desarrollo, no sólo tiene consecuencias sobre el agravamiento incansable de la miseria rural y de la miseria urbana. Ésta también reduce las capacidades de producción agrícola de los países pobres y aumenta su dependencia alimentaria (según la FAO, se cuenta con más de ochenta países con bajo ingreso y con un déficit de producción alimentaria); además esto contribuye a fragilizar los ingresos públicos y los ingresos por divisas, lo que impide a estos países modernizarse un mínimo. En consecuencia, estos no atraen capitales para resolver el creciente desempleo urbano, y los salarios de la mano de obra considerada como no calificada no sobrepasan el nivel del ingreso del campesinado pobre. Así, la jerarquización en los salarios en las diferentes partes del mundo sigue muy cerca a los ingresos del campesinado.

Finalmente, la mitad de la humanidad, en los campos o en la periferia de las ciudades, tiene un poder de adquisición insignificante. Así, según el PNUD⁴, 2,8 millones de personas disponen de menos de dos dólares por día, y de ellas 1,2 millones disponen de menos de un dólar por día. Esta inmensa insolvencia de las necesidades sociales y el infraconsumo gigantesco constituyen el factor que limita de la peor manera el crecimiento de la economía mundial.

Como conclusión de este análisis, parece que la liberalización de los precios agrícolas internacionales, que tiende a homogenizar los precios agrícolas en todo el mundo sobre los precios mínimos llamados mundiales, es un modo de regulación doblemente reductor: de un lado, reduce la producción eliminando todos los días capas cada vez más nuevas de campesinos mal equipados y desanimando la producción de los que se quedan todavía; y de otro, reduce una demanda solvente bajando el ingreso del campesinado, de otros pobladores rurales y de otros que están condenados al éxodo.

Perspectivas agrícolas y alimentarias en el horizonte del 2050

En el 2050, nuestro planeta contará más o menos con nueve billones de seres humanos, entre ocho y once billones, según las últimas estimaciones de las Naciones Unidas publicadas en 2001. Para alimentar a toda esa población adecuadamente, sin desnutrición ni carencia, la cantidad de productos vegetales destinados a la alimentación de hombres y de animales domésticos deberá más que doblarse en todo el mundo. Ésta casi deberá

triplicarse en los países en desarrollo, más que quintuplicarse en África y multiplicarse por diez en numerosos países de este continente (Ph. Collomb, 1999).

Para obtener un aumento en la producción vegetal tan importante, la actividad agrícola deberá aumentarse e intensificarse en todas las regiones del mundo, donde esto sea sostenible en lo posible.

Revolución agrícola contemporánea y revolución verde: posibilidades de avance muy limitadas

Por todo lo anterior, algunas personas piensan en nuevos progresos de la revolución agrícola contemporánea y de la revolución verde. Pero, en las regiones donde estas revoluciones están ya muy avanzadas, parece difícil continuar aumentando los rendimientos por medio de un uso acrecentado de los medios de producción convencional. En efecto, en varios sitios donde ha habido abusos de utilización de ciertos medios de producción (fertilizantes, productos de tratamiento), estos han provocado tanto inconvenientes como reveses en el orden ecológico y sanitario de los alimentos, concentración excesiva de producción y abandono de regiones enteras. Para restablecer la calidad del medio ambiente y de los productos sería necesario, sin duda, imponer restricciones al empleo de estos medios de producción, lo que no iría en el camino de nuevos aumentos en los rendimientos.

De otro lado, las regiones donde la revolución agrícola contemporánea y la revolución verde ya entraron sin haberse desarrollado plenamente, sin duda encubren un real potencial de crecimiento en la producción. Pero la movilización por el uso acrecentado de fertilizantes y de productos de tratamiento, los llevará muy pronto a los mismos inconvenientes que en las regiones anteriormente enunciadas. En cuanto a la gran motorización y mecanización, ella en sí misma no ha sido un medio de crecimiento significativo para los rendimientos de los medios de producción. Además, es tan costosa que es inalcanzable para la gran mayoría del campesinado de países en desarrollo; así mismo, su adopción por parte de los grandes en propiedades que ocupan asalariados, reducirá en un 90% sus necesidades de mano de obra agrícola, lo que aumentará en esa misma proporción la miseria rural, el éxodo y el desempleo.

Sobre el asunto de los organismos genéticamente modificados (OGM), último de los avatares de estas dos revoluciones agrícolas, ellos ya no tienen la manera de restablecer milagrosamente una situación agrícola y alimentaria tan desastrosa. Suponiendo que en efecto los riesgos medioambientales y sanitarios que estos pueden traer sean leves o inexistentes; suponer que las esperanzas y las ambiciones que ellos alimentan sean mayores que las reacciones de miedo y de rechazo que suscitan; suponiendo también que la utilización de los OGM resistiera a las plagas de los cultivos, que serán tolerantes a los climas extremos a los suelos pobres, y que será más rápida que la selección, en el sitio, de las especies y de las posibilidades del campesinado del lugar, faltaría evaluar que la puesta en marcha

de los OGM cueste muy caro y que los controles de precaución de su inocuidad ecológica y alimentaria cuesten aún mucho más. Tan costosas son estas investigaciones que fundamentalmente se orientan en función de las necesidades de los productores y consumidores más solventes⁵, tan caras las semillas de los OGM y los medios de producción necesarios por valorizarlos que no serán accesibles para los campesinos pobres de regiones difíciles, ni para los campesinos de la revolución verde.

En fin de cuentas, ni los OGM, ni las semillas seleccionadas de manera clásica, ni los otros medios técnicos a los cuales están asociados pueden erradicar la pobreza extrema que va hasta el hambre de los campesinos mal equipados en regiones difíciles. A los precios que los productos agrícolas son pagados hoy día, estos campesinos están menos que nunca en capacidad de comprar y de hacer rentables sus medios de producción.

Para permitir a todos los campesinos del mundo construir y explotar de manera sostenible —sin afectar el medio ambiente— los ecosistemas cultivables capaces de producir, se requieren abonos de calidad óptima; es absolutamente necesario parar la guerra de los precios agrícolas internacionales. Es necesario acabar la liberalización de los intercambios que tienden a homogenizar en todo el mundo los precios más bajos, llamadas exportaciones de excedentes. Hemos visto que estos precios empobrecen y llevan al hambre a centenas de millones de campesinos que aumentan el éxodo rural, el desempleo y la miseria urbana; reducen también la demanda solventemente global por debajo de las necesidades de la humanidad. Además, excluyendo de la producción a regiones enteras y millones de campesinos y desestimulando la producción de aquéllos que aún se mantienen, estos precios limitan la producción agrícola por debajo de aquello que sería posible con las técnicas de producción sostenibles conocidas hasta hoy. Estos precios que provocarían al mismo tiempo el subconsumo alimentario y una subutilización de los recursos agrícolas, son doblemente malthusianos. Además, afectan negativamente el medio ambiente, la seguridad sanitaria y la calidad de los productos.

¿Qué alternativas?

Una organización equitativa y solidaria de intercambios agrícolas internacionales

Los productos agrícolas y alimentarios no son mercancías como los otros: sus precios son aquellos de la vida y por debajo de un cierto umbral son aquellos de la muerte.

-
5. En 1999, más del 70% de los OGM cultivados en el mundo tenían la ventaja particular de ser tolerantes a los herbicidas totales (es decir, son permisibles a todas las otras plantas), permitiendo así utilizar estos herbicidas sin afectar los OGM en cuestión. Ahora bien, esta clase de herbicidas son poco o nada utilizados por los campesinos pobres: en 1999, cerca del 80% de las superficies cultivadas por OGM en el mundo estaban dedicadas a la producción de maíz y de soya, esencialmente destinadas a la alimentación animal en los países desarrollados.

Para promover en cualquier parte donde sea posible sin daños a los cultivos y a las agriculturas campesinas durables y sostenibles capaces de asegurar en cantidad (y en calidad) la seguridad alimentaria de seis, y muy pronto de nueve billones de humanos, es necesario ante todo garantizar a los campesinos precios suficientemente elevados y estables para que ellos puedan vivir dignamente de su trabajo: ese es el precio de nuestro porvenir. Para este propósito es necesario instaurar una organización de intercambios agrícolas internacionales mucho más equitativa, y mucho más eficaz que la que tenemos hoy en día. Una nueva organización en la que los principios serían los siguientes:

- Establecer grandes mercados comunes agrícolas regionales, que reagrupen países que tengan producciones agrícolas próximas (África del Oeste, Asia del Sur, Europa del Oeste, Europa del Este, África del Norte y cercano Oriente, etc.);
- Proteger todos estos mercados regionales contra toda importación de excedentes agrícolas de bajo precio por derechos de aduana variable, garantizando a los campesinos pobres de estas regiones desfavorecidas precios suficientes y estables para permitirles vivir de su trabajo, invertir y desarrollarse;
- Negociar, producto por producto, en acuerdos internacionales que fijen de manera equitativa un precio medio a la compra del producto sobre los mercados internacionales, así como la cantidad y el precio de importaciones admitidos a cada uno de estos grandes mercados y, si es necesario, a cada país.

Políticas agrícolas favorables al campesinado

En los países donde la tierra es acaparada por una minoría de latifundistas, será necesario adelantar cada vez más verdaderas reformas agrarias y legislaciones de propiedad de la tierra que garanticen a un gran número de campesinos el acceso a la tierra y la seguridad de su tenencia.

Al interior de estos grandes mercados, las inequidades del ingreso entre zonas agrícolas más o menos aventajadas pueden ser corregidas por el impuesto diferenciando a la propiedad, y las inequidades en el ingreso de las explotaciones agrícolas más o menos bien dotadas en medios de producción podrían ser corregidas por un impuesto sobre el ingreso.

En fin, será importante reforzar los servicios públicos para la investigación agrícola nacional e internacional y orientarlos de tal manera que respondan prioritariamente a las necesidades de los campesinos pobres de las regiones con mayores dificultades, teniendo como preocupación central la viabilidad ecológica, económica y social de estas agriculturas campesinas.

Nos preguntamos: ¿una alternativa como ésta, ni keynesiana ni pos-capitalista, es creíble, es defendible y es negociable? ¿Esta es defendible para la mayoría de los campesinos del Sur y del Norte y de otras víctimas de la globalización por la miseria? Sí, sin duda, si las oposiciones de interés entre los unos y los otros son analizadas por lo que son: oposiciones

que por importantes y difíciles de resolver que ellas sean, no son mucho menos secundarias comparadas con el enorme peligro que representa para casi todo el mundo la baja generalizada de precios de las materias primas agrícolas destinadas a la industria y a la distribución, de una parte, y de otra, el aumento en potencia de un nuevo latifundismo modernizado, sustentado en la expropiación del campesinado y los bajos salarios que de ello resultan, en los países poscoloniales y poscomunistas que no han implementado una reforma agraria recientemente.

¿Una alternativa como ésta es negociable con las potencias políticas y económicas que dominan el mundo hoy? Esto es posible, pues si bien es cierto que en la baja de los precios agrícolas y los salarios de la mano de obra llamada no calificada se maximizan —a corto plazo— los beneficios y los daños del planeta, es menos cierto que esto reduce enormemente el poder de compra de un gran número de personas, y por tanto las posibilidades de inversión productiva y de crecimiento global, y que esto amenaza, finalmente, todo el sistema de una quiebra generalizada, de múltiples resistencias y de una salida violenta.

Referencias

- Alexandratos, N. (Ed.) (1995). *Agriculture mondiale – Horizon 2010*. París: FAO.
- CETIM (2002). *Vía Campesina: une alternative paysanne à la mondialisation néolibérale*. Génève.
- Collomb Ph. (1999). *Une voie étroite pour la sécurité alimentaire*. París: FAO Económica.
- Collomb Ph. (2002). Défis Sud, Vers un mouvement paysan international. En *sos Faim*, 54.
- Delorme H, y Kroll J.C. (2002). “L'accord agricole de Marrakech: contenu, mise en oeuvre et perspectives”. En *Mondes en développement*, Vol. 30. Bruxelles: Cecoeduc.
- FAO (1996). *Déclaration de Rome sur la sécurité alimentaire mondiale et Plan d'action du Sommet mondial de l'alimentation*. París : FAO.
- FAO (1996). *Documents d'information technique pour le Sommet mondial de l'alimentation*. París : FAO.
- FAO (2000). *La situation mondiale de l'alimentation et de l'agriculture*. París: FAO.
- FAO (1997). *Rapport du Sommet mondial de l'alimentation*. París: FAO.
- Grieffon, M. (2002). Révolution verte, Révolution doublement verte. En *Mondes en développement*, Vol. 30. Bruselas: Cecoeduc.
- Kroll, J. C. (2002). Politique agricole et échanges internationaux: dynamique de la régulation en Europe et aux États-Unis. En *Mondes en développement*, Vol. 30. Bruselas: Cecoeduc.
- Loftas, T. (Ed.) (1995). *L'ampleur des besoins – Atlas des produits alimentaires et de l'agriculture*. París: FAO.
- Mazoyer, M. (1998). D'une révolution agricole à l'autre. En *Cahiers agricultures*.

- [108] Mazoyer, M. (1992-1993). "Pour des projets agricoles légitimes et efficaces: théorie et méthode d'analyse des systèmes agraires". En *Réforme agraire*, FAO.
- Mazoyer, M. (2002). "Pour une recherche agronomique alternative". En *La croix*, 17-18 agosto.
- Mazoyer, M., Roudart, L. (1997). Développement des inégalités agricoles dans le monde et crise des paysanneries comparativement désavantagées. En *Réforme agraire*, 1.
- Mazoyer, M., Roudart, L. (1997). L'appréhension des économies paysannes du sud. En *Le monde Diplomatique*, octobre.
- Mazoyer, M., Roudart, L. (1997). «Pourquoi une théorie des systèmes agraires?». En *Cahiers Agricultures*, 6, 591-595.
- Mazoyer, M., Roudart, L. (2002). *Histoire des agricultures du monde, du Néolithique à la crise contemporaine*. París: Éditions du Seuil.
- Mc Michael Ph. (2002). La restructuration globale des systèmes agroalimentaires. En *Mondes en développement*. En *Mondes en développement*, Vol. 30. Bruselas: Cecoeduc.
- PNUD. Rapport sur le développement humain, diversos números.
- Roudart, L. (2002a). "Appropriation des ressources végétales, implications pour les relations Nord-sud et la sécurité alimentaire". En *Mondes en développement*, Vol. 30. Bruselas: Cecoeduc.
- Roudart, L. (2002b). L'alimentation dans le monde et les politiques publiques de lutte contre la faim. En *Mondes en développement*, tomo 30, Cecoeduc.